

Realidad y deseo; otra vez

'La uruguaya' es un cotejo entre los sueños rotos y los que todavía no habían llegado a concretarse del todo

■ ENRIQUE GARCÍA FUENTES

Todavía se emociona uno de vez en cuando; todavía podemos agarrarnos a un libro (o dejarnos agarrar por él) y dejarnos ir de su mano donde quiera llevarnos. Lo más emocionante es cuando esto surge de manera inesperada, cuando te acercas a un volumen porque –como, confieso, ha sido mi caso– tiene poquitas páginas y sabes que (lo de las quintaesencias y fárragos, que decía Gracián) si no necesita de más es que está perfectamente ponderado; y si el asunto falla tampoco se nos ha ido tanto tiempo. Pues, venga, ya les aviso de que con *La uruguaya*, del argentino Pedro Mairal (algo conocido en España sobre todo gra-

cias a una obra anterior, *Una noche con Sabrina Love*, que fue llevada al cine), no van a dar por desperdiciadas las dos, como mucho tres horas, que van a dedicar a la lectura absorbente, inapelable, regocijante y retozona de su trama.

En los tiempos del 'corralito' argentino, cuando era más rentable cruzar la frontera uruguaya, cobrar en dólares allí y luego volver a la patria, nuestro protagonista, Lucas Pereyra, un escritor relativamente joven y apreciado, casado y con un niño pequeño, planea un viaje a Uruguay para cobrar unos adelantos de sus editores. Claro que hay algo más: contactar con una chica a la que llama Guerra, con la que alberga ilusionantes expectativas. Lo que cuenta el propio Pereyra en esta apasionante 'novelita' (por su extensión) es lo que sucede desde que sale de casa hasta el día siguiente, un tiempo en que la cruda realidad chocará con sus vibrantes esperanzas mientras nosotros, lectores, nos lo pasa-



LA URUGUAYA

Autor: Pedro Mairal. Editorial: Libros del Asteroide. Madrid, 2017. 144 páginas. Precio: 16 euros

mos en grande.

A medida que la acción avanza vamos conociendo, como es obvio, más datos del personaje y la situación: Lucas es, en realidad, más profesor que escritor; y a las claras, un marido mantenido (ahora no trabaja y está a expensas de ese cobro), un padre asustadizo (no se pierdan los párrafos en los que alude a la relación con su hijo), un niño pijo venido a menos, una promesa literaria que no termina de cuajar. En un viaje anterior, cuando conoce a Guerra, empezó a descubrir que la vida familiar que llevaba ya no era de su gusto y ahora ya es evidente que esa crisis personal y conyugal ha ocupado todo el sitio. Para ir agravando la cosa, Catalina, la mujer de Pereyra, ha descubierto que parece haber «otra», pero ya había algo que no iba

bien; venían sucediéndose episodios de celos, sospechas de engaño (estas por parte de él, dadas las frecuentes salidas nocturnas de Catalina), abusiva presión por la presencia del hijo, que llevaban tiempo enrareciendo el ambiente del domicilio conyugal. Así las cosas, Montevideo empieza a antojarse algo mucho más que una simple visita por motivo pecuniarios. Cuando el protagonista llega a la capital uruguaya, nos encontramos ante el retrato de una ciudad muy especial, ejemplo de la libertad en todas sus facetas (¡la marihuana es legal!) a las restricciones de la crisis de la Argentina natal del protagonista. Pero ahí es donde lo delata su candidez: Lucas llega a una Montevideo idealizada, con la visión típica del turista argentino que va de vacaciones y allí, para su desgracia, se confiará. Con la cartera llena y sin encomendarse a nada, Lucas Pereyra llegará a plantearse un cambio radical de su vida, pero no le queda más remedio que asumir que él no es más que un hombre casado, con un hijo y sin tiempo ni posibilidades de desarrollar ese canje.

Con su regreso se descubrirá una pieza fundamental que no desvelaré, pero el lector atento la intuye a lo largo del relato; y es que, en el fondo, la novela, en sí, no cuenta, en puridad, el viaje, sino la reconstruc-

ción del mismo un tiempo después que realiza esa voz de narrador en segunda persona (todo un hallazgo), que habla a un tú (a un vos) que no es el lector, es alguien mucho más cercano e igual de tocado que él por la deriva de los acontecimientos. ¿Para qué lo hace?, no lo sabemos: tal vez para explicarse, quizá para justificarse, quién sabe si para vengarse o, simplemente, aliviarse. Las continuas digresiones que de forma tangente o secante se arman al relato principal nos presentan al lector la posibilidad de que la novela reviva lo que el narrador recuerda y eso nos plantea la tesitura de si eso es lo que sucedió o lo que hubiese querido el narrador que sucediera.

Y todo esto termina, como advertí arriba, por convertir a *La uruguaya* en un cotejo entre los sueños rotos y los que todavía no habían llegado a concretarse del todo, una especie de metáfora que, en realidad, habla de la lucha entre lo que nos gustaría ser y aquello en lo que realmente nos estábamos empezando a convertir hasta que lo hemos perdido. La realidad y el deseo, que dijo Cernuda, y una incómoda sensación de vacío al final; atenuada, eso sí, afortunadamente, por un sano –aunque insidioso– humorismo que pone la debida distancia. Vale la pena, de verdad.